



EL HIMNO QUE NACIÓ EN NOCHE BUENA

Por Nina Sweetland



El frío del invierno rápidamente penetra a través de las paredes en los altos valles de los Alpes de Austria. Pero Joseph Mohr, el pastor de la aldea, y Franz Gruber, el maestro, no notaban que los trozos de leña de la hoguera se habían consumido y que el cuarto se enfriaba. Los dos amigos estaban demasiado absortos cantando juntos la música navideña que Gruber había traído de su casa.

El amor a la música había juntado a los dos hombres en 1817, cuando Mohr, entonces de 25 años de edad, había sido llamado para pastorear la iglesia del pequeño pueblo austríaco de Oberndorf. El músico, Franz Xavier Gruber, unos cinco años mayor que Mohr, era profesor del cercano pueblo de Arnsdorf. Los dos pasaban muchas tardes cantando juntos, pues la profunda voz de Gruber hacía buen acompañamiento a la voz tenor de Mohr.

En esa tarde de diciembre ellos se habían reunido para escoger música apropiada para los servicios de Navidad, tarea que se les hizo más difícil porque el órgano de la iglesia estaba descompuesto. Franz Gruber, director del coro y organista, debería dirigir el coro sin acompañamiento, a menos que quisiera pulsar las cuerdas de su vieja guitarra.

Gruber parecía estar insatisfecho con la música que estaban probando. “Estas composiciones son muy pesadas”, se quejaba; “están muy por encima de las posibilidades de los niños. Necesitamos un par de himnos: la historia de la santa familia, de los ángeles y de los pastores – un canto que los niños puedan comprender.”

A través de la ventana del estudio Joseph Mohr observaba cómo el humo blanco de las chimeneas de los aldeanos subía en espirales a través del helado ambiente. Se volvió hacia su amigo. “Tienes razón, Franz,” le decía, “el canto navideño debe ser simple, algo que toque las vidas de la gente y exprese lo que está en sus corazones.”

Repentinamente Gruber bajó con fuerza el puño sobre la mesa. “¡Joseph!” exclamó, “tú eres el hombre que debe escribir el himno navideño. Tú conoces y amas a tu gente. Tú encontrarás las palabras exactas.”

El joven se rió del entusiasmo de Gruber. “Si yo escribo las palabras, Franz, tú escribirás la melodía. Tú amas la música. Tú podrás encontrar las notas justas para acompañar la historia.”

“Lo haremos juntos,” exclamó Franz. “Tú escribirás las palabras; y yo escribiré la melodía. Nuestro himno será nuestro regalo de Navidad para nuestro pueblo, y lo cantaremos para ellos en el servicio navideño.”

Pero los días pasaron, la Noche Buena llegó, y todavía Joseph no había encontrado las palabras que deseaba para el himno. La nieve cayó sin tregua durante todo ese día; y ya avanzada la tarde, un mensajero llegó con la noticia que un bebé recién había nacido en casa de un joven leñador al otro lado de la montaña. Sin tomar en cuenta la tormenta, el joven Mohr se vistió su sobretodo y con trabajo atravesó el frío para llevar la bendición de Dios al leñador y su familia.

Adentro de la pequeña casa olvidó la nieve y el frío. Vio la felicidad en las radiantes facciones de la joven madre mientras ella contemplaba a su niño. En el rostro del rudo padre, percibió admiración y gozo por la bendición que Dios les había dado. Mientras oraba con los padres, levantando sus manos para bendecir al niño, sintió juntamente con ellos, allí en esa cabaña humilde,

la presencia de quien había sido el Niño de Belén.

Al abandonar la casa del leñador, la noche había entrado y la tormenta había cesado. La nieve, profunda sobre la vereda de la montaña, amortiguaba el ruido de sus pasos. No se encontró con ningún otro ser humano; no vio ningún animal del bosque. Solo, y en el silencio de la noche nevada, nuevamente sintió la cercanía de la presencia de Dios.

Muy tarde, casi a la medianoche, Joseph se paró frente a la ventana de su estudio. Las nubes habían desaparecido. El cielo, iluminando por las estrellas, como una colcha metida atrás de las montañas, cubría la reposada aldea. A no ser por la nieve, cuánto se parecía Oberndorf al pueblo de Belén, protegiendo al Bebé en aquella primera Noche Buena. “Ciertamente el Salvador está aquí en esta noche tan santa,” pensó Joseph, “al igual que estuvo en Belén.”

“Noche de paz, noche de amor.” El joven Mohr dijo las palabras en voz audible. ¡Estas serían las palabras del himno de Navidad! Una noche de paz, una noche de amor, como ésta Noche Buena en Oberndorf. Todo lo podría incluir tal como Franz lo deseaba: la madre y el bebé, los ángeles y los pastores. Los niños lo comprenderán todo.

Joseph se sentó al escritorio y escribió rápidamente, pues las palabras fluían casi por sí solas.

Al terminar de escribir era tarde, y él se encontraba muy cansado. Pero se sentía feliz, pues sabía que había escrito los versos que reflejaban el sentir de su pueblo. Él sabía que Franz encontraría la melodía apropiada.

Y así fue como muy temprano el día de Navidad, el Pastor Mohr llamó a la puerta de su amigo. “He traído el canto de navidad,” dijo al entregarle a Gruber los versos. “Ojalá que no haya llegado demasiado tarde.”

Observó detenidamente mientras Gruber leía. Vio aparecer una expresión de deleite en su rostro.

“¡Joseph, tú has escrito el himno de Navidad!” exclamó el profesor. “A los niños les va a encantar. A todos les va a encantar. Ahora, me reta ver si le encuentro una melodía como se merece.”

“Tú encontrarás la música, Franz, no me cabe la menor duda. Tendremos nuestro regalo de Navidad para cantarles a nuestra gente esta noche.”

Entonces se retiró Joseph Mohr, y al sentarse Franz Gruber frente al viejo clavicordio, leía vez tras vez los versos de su amigo. Mientras, sus dedos vagaban sobre las teclas, tocando un acorde ahora, una nota después. Y sí encontró las notas precisas que buscaba; fluyeron por sus dedos a las teclas del viejo clavicordio; y luego las escribió sobre papel.

Llegada la noche, la gente de Oberndorf se congregó en la pequeña iglesia para celebrar un servicio a la luz de candelas. Cuando el sermón del Pastor Mohr hubo terminado, Franz Gruber se acercó al frente con su guitarra y se puso en pie al lado de su amigo.

Con cierta timidez Joseph Mohr le dijo a sus feligreses, “Franz y yo tenemos para ustedes un regalo de Navidad. Hemos escrito un villancico, y juntos se lo cantaremos.” Entonces Franz hizo resonar un acorde con la guitarra; y la voz clara tenor de Joseph Mohr junto con la profunda voz de Gruber armonizaron con las palabras de su himno, “Noche de Paz, Noche de Amor.”

A los aldeanos de Oberndorf les fascinó su regalo de Navidad, y lo cantaron una y otra vez. Pero no pudieron encerrar el bello himno en el pequeño valle de los Alpes. Dentro de pocos años “Noche de Paz” se cató en Alemania ante el emperador. Traducido del alemán a otros idiomas, cruzó primero un mar y luego, otro, hasta que hoy los cristianos de todo el mundo cantan el himno de Navidad que Joseph Mohr y Franz Xavier Gruber escribieron para la gente de Oberndorf hace casi doscientos años.

Traducido de *Youth's Christian Companion*